

## DE TEJADOS ARRIBA (FÁBULA)

---

Un reglamento se posó sobre un tejado. El tejado, no insensible, sintió el peso nuevo y se inclinó un tanto en el lugar correspondiente. El reglamento interpretó los cambios de nivel de su punto de apoyo como una rebeldía o al menos como disconformidad y se sintió agredido. No por eso levantó vuelo. Picoteó con enojo las tejas sumisas. Luego de desahogarse pensó que quizás por allí carecían de noticias sobre lo palmario de sus méritos. Era grato, a veces, ser tolerante, tender a la disculpa, dar oportunidad de que lo justipreciaran. Para ello cumplió un breve vuelo airoso alrededor del tejado. Eso no constituía una hazaña, pero él supuso que bastaría demostrar gracia, precisión y gravedad en su desplazamiento para que se celebraran sus más que virtuales valores.

En el fondo de su escritura, confiaba en las posibilidades de llegar a ser a corto plazo, algo más que un simple reglamento. ¿Precepto, dogma? Al mirar hacia abajo, hacia la sabana anodina de las meras disposiciones, hacia el limo de los proyectos, estaba satisfecho de su lugar en el emperio legal. Claro que podía ser derogado, circunstancia

en la que prefería no pensar. ¿A quién le gusta darle un perfil al azar nulificante? Pero también cabía una gloriosa culminación: de sus hipotéticas cenizas (gustaba imaginarse como un ave Fénix de los legajos) podía renacer una ley primordial, incombustible. Al fin, su especie podía estar cercana a esa aptitud bienaventurada.

Entretanto, el tejado, prudente, no imaginaba otro futuro que la paulatina destrucción de sus partes a plazo más o menos largo, sin miras a ninguna leyenda redentora. Habiendo aceptado su destino de cubrir y proteger, de soportar lluvias, vientos y pájaros de cualquier especie, contempló impávido las inútiles ostentaciones del reglamento, apostando a su propia limitada duración, a la confianza que los humanos depositaban en él. El tejado, como que lo era de catedral, todavía dura y es atendido en sus achaques. El reglamento, ni siquiera derogado sino meramente caído en desuso, alimenta con su materia, perdida en un cementerio de sombríos y polvorientos archivos, a generaciones de insectos, que la encuentran muy útil. De su espíritu nadie se acuerda.